

Masculinidades:

Paternidad innovadora en Cartagena de Indias

Carmenza Jiménez Torrado
Leidy Laura Perneth Pareja
Anatali Oquendo Lorduy
Universidad de Cartagena

Resumen

Este artículo es el resultado de las investigaciones relacionadas con el pasado y el presente de la paternidad, la masculinidad, y la feminidad en Cartagena. Incluye categorizaciones como la resistencia, la tradición, la innovación y el cambio. Categorías que se vienen adelantando desde el grupo de investigación *Estudios de Familias, Masculinidades y Feminidades*, y que nos han permitido complejizar el asunto de ser hombre en esta ciudad; con el fin de ofrecer una discusión desde la perspectiva de género, como categoría relacional presente en todo el discurso, asumiendo a las identidades humanas como complejas, plurales, móviles, históricas y contextuales.

Palabras clave: innovación, cambio, paternidad, identidad masculina, género.

Abstract

This paper is the result of research carried out related to the past and the present of paternity, masculinity and femininity in Cartagena. It includes categories such as resistance, tradition, innovation and change. These have derived from the research group *Studies on Family, Masculinity and Femininity*, and have enabled us to explore the complexity of what being a man in this city means. The aim is to generate a debate from a gender point of view as a relational category that is always present in discourse, so as to assume that human identity is complex, plural, mobile, historical and contextual.

Key words: innovation, change, paternity, male identity, gender.

Recibido en octubre de 2009; aprobado en noviembre de 2009.

Sobre el contexto de la discusión

Los interrogantes en torno a la masculinidad han hecho parte de nuestros intereses de estudio desde el año 1999, en el contexto de la investigación: *Representaciones Sociales de la Maternidad y Paternidad en Cinco Ciudades Colombianas*, realizada junto con cinco universidades del país. Esta investigación, identificó a partir de las narrativas de padres y madres, tres tendencias que recogen “las formas heterogéneas como ellos y ellas vivencian dicho rol para posteriormente situarnos ante los cambios culturales y sociales que al respecto se vienen presentando. Cada tendencia agrupó un conjunto de personas que expresan una gama de rasgos en relación a las funciones paterno-maternas y filiales” (Puyana, 2003, p. 269).

La primera, denominada **tradicional**, se caracteriza por la conservación de elementos más propios de padres y madres de los años sesenta, que demuestran al respecto muy pocas transformaciones. En la segunda, llamada de **transición**, se aglutinan personas que han cambiado en medio de intensos conflictos, derivados de un choque entre la tradición y las ideas renovadoras que de una u otra forma vienen impactando en la población. La tercera tendencia se denominó **ruptura**, es la más innovadora y se caracteriza por construir formas de ser padre y madre, diferentes a las de la tradición (Puyana, 2003).

De manera particular, nos empezó a interesar aquellos padres y madres que estaban ubicados en la tendencia de ruptura, y que en sus familias de origen el ejercicio de la paternidad y maternidad, fue marcadamente tradicional. Nos interesó la capacidad de estos hombres y mujeres de cuestionar su propia crianza, y de construir paternidades y maternidades alternativas a la de sus propias familias.

Es así como surge la investigación *Paternidad y Paternidad Innovadora en Cartagena de Indias*, en donde analizamos cómo se construyen las identidades masculinas y femeninas innovadoras. En este artículo pretendemos generar un espacio de debate y reflexión sobre las **identidades masculinas**.

Si bien analizamos identidades masculinas, tomamos como referencia a hombres que comparten una experiencia particular: la paternidad. En ellos la paternidad ha generado experiencias vitales, capaces de suscitar

cuestionamientos y transgresiones de lo masculino hegemónico, que se traduce en redefiniciones de sus subjetividades y de sus relaciones familiares.

En la investigación mencionada, trabajamos con las historias de vida de seis hombres/padres, identificados en la tendencia de ruptura. Sin embargo, nosotras preferimos llamarlo **innovación**. A continuación, presentamos algunas razones para hablar de innovación y no precisamente de una ruptura.

¿Por qué innovación y no ruptura?

Innovación y ruptura. Mientras la primera nos presenta la idea de transformación-creación, la segunda sugiere un quiebre, un rompimiento, una quebradura. La innovación indica un proceso social en la vida de estos hombre/padres, que les ha permitido transformar el ejercicio paterno y la construcción de identidades masculinas; un proceso cuidadoso, tenso y conflictivo, en medio de una ciudad con fuertes rasgos patriarcales.

Etimológicamente, innovación procede del verbo latino *innovare*, palabra compuesta del sufijo *in* y del sustantivo *novatio*, que significa: “alterar el orden establecido de las cosas para hacer cosas nuevas” (Calderón, 2008, p. 9). De aquí procede el sustantivo *innovatio- innovationis*.

La última raíz de *innovare* está en *novare*, que se relaciona a su vez con *novus*, “lo nuevo, algo nuevo”. Este análisis es necesario para la comprensión de la innovación en las historias de estos padres, y es vital porque nos introduce en el debate por lo “**nuevo**” y lo “**viejo**”, lo que cambia y lo que permanece. En el contexto de nuestro estudio, entendemos lo nuevo en la innovación, siguiendo a Moreno Bayardo (1995), como aquellas “formas o maneras nuevas de hacer o utilizar algo” (p. 10); lo que se traduce en nuevas formas de hacer las cosas en lo social, es decir, en las relaciones sociales, en las cotidianidades humanas, y para nuestro caso de interés, nuevas formas de ejercer la paternidad y de vivir la masculinidad.

Otro de los aspectos que consideramos en la innovación de la paternidad, fue concebirla como un **proceso** y no como un producto fijo. Y aquí volvemos a tomar distancia con la ruptura, porque esta se instala cuando hace quiebre con prácticas o discursos, lo que es algo puntual; mientras que la innovación trasciende, involucra personas, situaciones, vivencias,

contextos e instituciones en dialéctica constante, que van dando lugar a las transformaciones.

En este sentido, hablar de innovación también supone entender que para que esta fuera posible en la vida de los hombres/padres estudiados, desde su ejercicio de la paternidad y masculinidad, debía de estar permeada por la reflexividad y la planeación, dado su carácter procesual. Estas dos características son fundamentales, pues retomando a Palacios (2008), la primera significa mirarse a sí mismo. Lo que implica una mirada crítica y autoreflexiva, donde se reconoce que la vida está hecha por él y no definida por otros, y que sus conductas no son ajenas o impuestas, sino que son revisadas, y que se deben tomar decisiones ante la variedad de opciones que se les presentan en la sociedad actual.

Desde aquí nos movilizamos hacia la planificación que pone a los hombres frente a la reflexión y evaluación de sus conductas, y que lo conduce a reconocer los errores, a tener argumentos para guiarse en el futuro, y a ser flexible, para darse y dar oportunidad a otros para que dirijan los cambios (Palacio, 2008). En consecuencia, reflexividad y planificación en la innovación, son elementos fundamentales para que en medio del ejercicio de la paternidad innovadora, los hombres enfrenten las incertidumbres sin referentes ni modelos fijos o preestablecidos; puesto que esto les supone, transitar entre la certeza y la incertidumbre, lo previsto y lo imprevisto, los cambios y las permanencias.

Otro asunto a considerar es el cambio. Teniendo en cuenta las reflexiones antes mencionadas, precisamos que: toda innovación produce cambios, pero no todo cambio produce innovación. Esto en cuanto a que la innovación social, se refleja y se reconoce en las acciones que producen cambios en las conductas, actitudes y prácticas sociales, dando lugar a transformaciones; es decir, trae consigo un cambio favorable con respecto a lo preexistente en la vida de las personas. Mientras que los cambios son generalmente más espontáneos, y sus respuestas pueden ser favorables o desfavorables. De ahí que, en términos sociales, el cambio por sí solo no se traduciría en una innovación, puesto que esta última como hecho social, transforma las relaciones referidas a necesidades sociales y a la solución de problemas.

El cambio, es entonces un elemento constitutivo de la innovación, pero estos cambios no son absolutos; se innova frente a lo preexistente, pero

aquello que existía no desaparece sin dejar huella. La gente busca cambiar pero también guarda algo del pasado. Lipovetsky (1999) expresa que: “dentro del cambio en la sociedad moderna se recogen o preservan características del pasado, pues en el cambio siempre hay elementos de permanencia incorporados” (p. 214). Los cambios pueden ser visibles o invisibles, leves o fuertes (Maldonado, 2006), planeados o abruptos, negociados o inesperados; pero no dejan de estar presentes en la vida, y como parte de la innovación, siempre generan transformaciones en las prácticas y en las maneras de pensar.

Conforme a lo anterior, tenemos que el grupo de hombres estudiados se introduce en un proceso de innovación a partir del cual se incorporan nuevas relaciones con el contexto, la familia, y el sí mismo. A continuación, presentaremos cómo se vivencia la paternidad innovadora en términos de motivaciones, conflictos y redefiniciones.

Paternidad y masculinidad: un análisis desde la experiencia innovadora

Lo más característico de la paternidad innovadora *es* el **paternaje**, que trasciende la dimensión biológica permitiendo hacer el tránsito de la progenitura a la paternidad. Paternar, trasciende la acción fecundante del hombre, para situarse en la crianza y educación de los(as) hijos(as), la construcción de afectos y dinámicas vinculantes.

En la investigación que realizamos, se comparan dos formas de ejercer la paternidad: la tradicional y la innovadora, donde esta última adquiere comprensión y sentido, tomando como referente a la primera. Identificamos a los padres de los hombres estudiados, ubicados en la década de los sesenta, como padres tradicionales¹ por las relaciones jerárquicas sostenidas en la familia, al ser ellos los portadores del poder y la autoridad, y dada su negación para las expresiones afectivas, solo se inscriben en la función proveedora. Mientras que sus hijos –los hombres/padres que protagonizan nuestra investigación– se definen innovadores, en relación al modelo tradicional de sus progenitores, en tanto logran construir relaciones más dialógicas con sus familias, muestran disposición a negociar la autoridad, se comprometen con la crianza y la educación de sus hijos e hijas, y no

¹ Accedimos a la caracterización de estos padres, a partir del recuerdo que sus hijos tenían.

solo con la proveeduría, y además no manifiestan temor al expresarse afectivamente.

Ahora bien, ser un padre tradicional o ser un padre innovador, lleva implícita una definición de lo que es **ser hombre**, por lo que en una y otra forma de asumir la paternidad, hay referentes de la masculinidad. Es decir, la forma como se ejerce la función paterna está determinada en gran medida por la forma como se interpreta la masculinidad. En este sentido, los padres tradicionales antes señalados, habían construido sus identidades masculinas desde el referente del poder, el trabajo, lo público, la razón y la certidumbre. Esto se traducía en las relaciones familiares y en el ejercicio de la paternidad en los siguientes aspectos:

- Un padre que sostiene relaciones de poder-subordinación con su esposa e hijos(as).
- La proveeduría como función privilegiada de la paternidad.
- Un padre que asume lo doméstico como algo ajeno. El hogar es solo el lugar de reposo y descanso, pero no un lugar que se vivencia, que comparte y trabaja.
- Un padre que construye relaciones que ocultan la sensibilidad, niega cercanías corporales con los hijos y las expresiones afectivas, por temor a la feminización.
- Padres que intentan mostrarse siempre seguros, y que rechazan las expresiones de debilidad.
- No dan lugar a la incertidumbre, no hay lugar a la pregunta por el cómo lo estoy haciendo, no permiten que sus hijos los interroguen. El ejercicio de su paternidad es una reproducción de la paternidad experimentada en sus propias familias.

Los padres innovadores estudiados empiezan a mostrar cuestionamientos y transformaciones en estos referentes; y los elementos que motivan la innovación, suelen situarse desde distintos escenarios. Por un lado, se encuentran las experiencias en sus respectivas familias, donde el padre se convierte en el referente del **no ser**, es decir, estos hombres adquieren la firme convicción de no reproducir las prácticas paternas de sus progenitores, cargadas de distancias, obediencias y estrictas jerarquías. Y por otro

lado, se encuentran los cambios que se producen en un contexto más amplio, desde lo económico y lo educativo, que produce una reorganización en la vida y en su relación con lo productivo y reproductivo, el cuidado de otros(as) y las relaciones de género. Sobre este último aspecto vamos a centrar la atención en adelante.

Cuestionando los referentes de la masculinidad hegemónica

Los hombres entrevistados, experimentan el inicio de su paternidad en la década de los noventa; desde su juventud tenían definido que querían ser padres. La paternidad es uno de los hitos en la vida de estos hombres, con importantes implicaciones en sus identidades masculinas. Fuller, citada por Viveros (2003), señala que la paternidad representa la consecución de la adultez, y constituye la experiencia más importante en su vida como hombre.

La paternidad aparece vinculada a otras formas de vida adulta y organizada en el imaginario colectivo de la ciudad, en el abandono de la soltería. En Cartagena, la unión de pareja con miras a conformar una familia de reproducción, es vista como un período de la vida que toda persona debe atravesar y conservar, siendo simbolizado como el momento en que hombres y mujeres empiezan a organizarse². De modo que, para estos hombres conformar una relación heterosexual (en ningún relato se aprecia que se pensara en otro tipo de relación duradera en el tiempo, legalizada o legitimada socialmente) era un momento que se esperaba. Al decir de Fuller (2001):

[...] el matrimonio, o unión reconocida públicamente como una relación estable y destinada a la reproducción, significa cruzar el umbral de la vida adulta e iniciar un proceso por el cual todos los aspectos de la vida de un varón se reinterpretan: se redefine el vínculo con la familia de origen (en la cual el varón es hijo/hermano), que debe pasar a segundo lugar, para dar prioridad a la familia de reproducción, en la cual el varón se convierte en esposo y eventual padre. Se corta el lazo preferencial con los amigos para enfatizar el vínculo con la pareja (p. 339).

² Término utilizado comúnmente en la ciudad cuando una pareja se une y conforma su grupo familiar; se pueden escuchar expresiones como “Fidel ya se organizó”, dando a entender que ya convive con su familia de reproducción.

En los imaginarios de vida de los hombres estudiados, encontramos entonces, la familia y la paternidad. No obstante, tenían el profundo deseo de ser unos padres distintos de los suyos, venían fatigados del exceso de autoridad en sus familias, y deseosos por construir relaciones cercanas y afectivas con sus hijos e hijas.

Sus fatigas les indicarían rutas para su propio ejercicio paterno; si había un temor en ellos en cuanto a la paternidad, era la distancia padre-hijo(a). Por tal razón, añadían a sus funciones la participación activa en la crianza y el cuidado de sus hijos e hijas. La proveeduría y su vinculación con lo público, seguía ocupando un lugar importante en su configuración masculina y paterna. Sin embargo, los cambios ocurridos en la economía colombiana hacia la década de los noventa, pondría en conflicto para algunos de estos hombres, la función proveedora, ocasionando transformaciones en sus relaciones con lo productivo y lo reproductivo, y por tanto, en las relaciones de género.

De acuerdo con Liubka Buitrago, Erika Murillo y Patricia Jaramillo (2003), en la “década de los noventa se sucedieron cambios profundos en el mercado de trabajo como consecuencia de las políticas de ajuste estructural y de estabilización en la economía” (p. 21). Estos cambios hicieron que la inserción, y mas aún, que la permanencia de los hombres en el mercado laboral fuese inestable.

El proceso que significó la apertura económica, implementada durante el gobierno de Gaviria, se caracterizó, según las autoras anteriormente mencionadas, por:

La apertura indiscriminada, que en materia de mercado internacional generó la preponderancia de las importaciones sobre las exportaciones, con una balanza comercial y de pagos deficitaria en casi todo el período, repercutiendo además, de manera importante, en el mercado de trabajo al ser desplazado el sector productivo nacional por la competencia y las mercancías extranjeras, facilitando la preponderancia del sector especulativo a expensas del productivo con consecuencias evidentes en el aumento del desempleo abierto, el crecimiento de la informalidad y el subempleo (p. 21).

Fue así como algunos de los hombres entrevistados experimentaron en este momento histórico, la flexibilidad laboral y el desempleo. Al tiempo

que entraban en recesión laboral, desarrollaron trabajos de medio tiempo, o *escuetos* –como algunos de ellos lo indican–, sus esposas ingresaron al mercado laboral, e incluso algunas trabajando en horarios más extendidos que ellos, lo que les permitió asumir la función de cooprovedoras. Todo esto provoca en ellos una reorganización de la vida cotidiana, de sus relaciones con el hogar, la familia y lo doméstico y, por supuesto, una reinterpretación y redefinición de sus identidades masculinas.

Miremos entonces, cómo las condiciones del contexto lograron permear la vida íntima de Fabián, Medardo, Samir, Macario, Fidel y Jorge; y cambiar sus disposiciones personales, contribuyendo a su innovación. Fabián, Medardo, Samir y Macario, pertenecen a estratos socio-económicos: 4, 5 y 6; Fidel y Jorge se encuentran social y económicamente estratificados en los rangos 1, 2 y 3, ubicados geográficamente en las Zonas Sur-oriental y Sur-occidental de Cartagena, conocidas como zonas pobres y populares; mientras que los primeros se encuentran ubicados en la Zona Centro y Norte de la ciudad.

Jorge, un hombre de 43 años, es sin duda el hombre de la casa. Un día normal en su vida comienza levantándose a las cinco y treinta de la mañana, mientras su esposa se arregla para irse al trabajo, él se dedica a los quehaceres domésticos, “lavar los platos, barrer y poner la casa en orden”. Después de hacer todo esto, se dedica a su actividad productiva remunerada. Su oficio es la carpintería, labor que desempeña en su casa. Desde hace algunos años, el lugar de trabajo de este hombre no se encuentra en lo público, ante la falta de empleo formal ha hecho de su lugar de residencia, también su lugar de producción.

Fabián, 43 años, filósofo de profesión, a quien el nacimiento de su hija hacia el año 1983, lo encontró sin un empleo estable, tuvo que asumir trabajos en su casa, con horarios flexibles. Mientras se desempeñaba laboralmente en trabajos que él mismo califica de *escuetos*, su esposa se encontraba al frente de una mediana empresa de alimentos perteneciente a su familia de origen; así que de las ganancias de esta empresa debía destinar recursos para mantener económicamente a su familia de procreación y a su familia de origen.

Samir, 40 años, médico de profesión y oficio, tiene una vida laboral fuera del hogar, pero su actividad no lo compromete todo el día, trabaja por

horas de acuerdo a las condiciones de flexibilidad que ofrece actualmente el mercado. En la Policlínica del Barrio Olaya Herrera de la ciudad de Cartagena, este médico atiende a sus pacientes hasta las 12 p.m.; este es su horario de trabajo, del cual no podemos decir que fue producto de una decisión individual. Así que Samir, trabajando solo media jornada, dedica el resto de su tiempo a compartir con sus hijas, mientras que su esposa se encuentra en su lugar de trabajo, que la ocupa más de ocho horas diarias. Samir afirma que él “no se atreve a ser hombre que provee en todo”.

Medardo, 46 años, es odontólogo y padre. Cuando nació su segundo hijo, decidió que su esposa dejara de trabajar para que atendiera plenamente el cuidado de los niños, mientras que él asumía la función proveedora. Luego siente que no puede solo con la carga económica, y en pareja deciden debilitar la marcada división de roles, y que la mujer/madre desarrolle nuevamente actividades remuneradas.

Fidel, 45 años, es taxista. Su trabajo le permite recorrer toda la ciudad, pero tiene un lugar de su preferencia, y no pierde la oportunidad de llegar a él cada vez que le sea posible: su casa. Para Fidel este lugar no representa solamente un espacio de refugio, en el que simplemente se deja atender, sino un espacio que demanda su participación, y donde su permanencia adquiere sentido por el disfrute de su paternidad y de su relación de pareja.

Macario, tiene 45 años, es docente en el área de química. Actualmente sostiene una segunda relación en la que su compañera trabaja. Afirma que la economía del hogar debe ser 50-50, para indicar la participación igualitaria de padre y madre.

Para estos hombres, trabajar medio tiempo, la coincidencia entre unidad de consumo y unidad de producción, o tener trabajos que hacían posible conciliar horarios en casa y fuera de ella, les permitió un acercamiento a lo doméstico y al cuidado de sus hijos e hijas. Hasta aquí puede surgir una pregunta: ¿por qué estos hombres permanecen en la casa, mientras que otros hombres en la misma condición no lo hacen? Frente a ello tendríamos que indicar que cuidar a los(as) hijos(as), atenderlos(as), compartir con ellos(as), no son tareas que estos hombres asumen resignada o perezosamente por fuerza mayor, son tareas que asumen con convicción. Puesto que ellos venían con ese deseo, y las circunstancias les ofrecieron

la posibilidad de vivir a plenitud la paternidad que ellos hubiesen querido experimentar con sus propios padres. *Paternando* fue el modo como ellos **eligieron** estar en casa.

Por otra parte, las mujeres con las que estos hombres innovadores comparten sus relaciones familiares, también son mujeres distintas, cuya inserción al mercado laboral, las coloca en una mejor posición de negociación en el hogar, y con la posibilidad de exigir acuerdos. Ellas han renunciado decididamente a la doble y triple jornada. Y esta clara postura frente a sus parejas —que es el caso de los entrevistados—, jalona unos compromisos y tareas por parte de ellos.

Estos hombres comienzan a moverse entre lo doméstico y lo productivo, y a ser conscientes que están habilitados para desempeñarse en uno y otro espacio, como también lo hacen sus esposas. En consecuencia, se empieza a gestar una dinámica familiar que actúa desde la cooperación o la construcción, como lo plantean Puyana y Mosquera (2003), o desde una dinámica asociativa, como lo define María Jesús Izquierdo (1999), en donde una pareja se compromete con la responsabilidad financiera y con el trabajo doméstico. La domesticidad comienza entonces a democratizarse, convirtiéndose en un asunto que involucra a todos los miembros de la familia, y no únicamente a la madre y/o la hija.

El modelo de la complementariedad comenzó a agotarse ante las condiciones del mercado, en donde, por un lado las mujeres empiezan a participar del mercado laboral, y por otro, ellas incorporan esta inserción como parte de su proyecto de vida. Lo cierto es que hoy, las condiciones económicas a las que se ven enfrentadas las familias, comienzan a modificar la base sobre la cual se organizan las funciones al interior del hogar; esto atravesado por supuesto, por los discursos a favor de la autonomía de la mujer, de su capacidad y necesidad personal de participar en espacios laborales.

Ser hombre en este contexto, no puede ser definido desde la alteridad con lo femenino, como un femenino tradicional. Los hombres empiezan a construir nuevas definiciones de *ser hombre*, construyendo nuevos códigos de ser, hacer, estar y actuar masculino, como lo mencionan Palacio y Valencia (2001).

Paternar y construir nuevos contenidos socializadores de la masculinidad

Mientras que al padre de antaño –por lo menos en las familias de donde provienen los hombres estudiados–, escasamente se les veía por su trabajo; estos padres sí disponen de unidades de tiempo cuantitativa y cualitativamente importantes para compartir con sus hijos e hijas. De manera que, se trasciende la relación que supone la consanguinidad padre-hijo(a), para construir dinámicas vinculantes.

Convivir con los hijos y con las hijas, instala la incertidumbre por el *¿cómo lo estoy haciendo?*, bajo la preocupación constante por ser un buen padre, por generar relaciones cercanas y de confianza, y coadyuvar a la formación de hijos y de hijas felices. Deja de existir así, la figura de la madre que intermedia comunicaciones e informa del comportamiento de los hijos(as), porque ahora ellos vivencian las angustias, tensiones y conflictos que supone la crianza; y están en permanente búsqueda. Las experiencias con las que vienen de sus propios padres les parecen insuficientes, aunque resultan útiles como cuestionamiento para establecer nuevas rutas.

Estos padres también están acudiendo de manera constante al conocimiento especializado de libros, revistas u otros medios, que los apoyan en el ejercicio de su paternidad; de igual forma propician espacios de conversación con otras experiencias paternas y maternas, como referentes para orientar su propio ejercicio. Su práctica paterna no está embargada de preguntas sin respuestas evidentes, sino por descubrir.

De esa crianza que redundaba en autoridad y que flaqueaba en libertad, como menciona Samir, los padres van construyendo disposiciones para nuevos ejercicios de la autoridad; que ya no es vista como disciplina rígida y alienante, mediante la cual se infundía temor, control e imposición frente a los hijos cosificados. Para estos padres innovadores, la autoridad se convierte en un mecanismo democrático de diálogo con su hijo(a), del cual se pacta la convivencia familiar. Por tanto, se promueve un espacio de relaciones de horizontalidad.

Por ejemplo, Samir es de los que piensa que los hijos no deben adaptarse a los padres, sino que estos deben mantenerse coherentes con el proceso de crecimiento de los niños(as), y con las diferentes demandas que cada

uno de estos momentos requiere. Convencido de esto, ha comenzado a simpatizar con los psicólogos y con sus propuestas, para comprender el desarrollo del comportamiento humano, apropiándose de textos que muestran las distintas etapas que vivencia el ser humano, y lo que cada una de ellas implica. De tal modo que pueda atender a las demandas de sus hijas, y comprender sus formas de comportarse, de ser y de estar en el mundo. Este padre entonces se aleja del modelo de hombre que se posiciona como patrón de todas las cosas, y que solo espera ser obedecido para mostrar una flexibilización personal que le permite dejarse orientar por su prole.

Fidel se interroga por el ejercicio de su autoridad, procurando que su hija no *se resienta* y no *se ofenda*. Por su parte Macario, cada vez que se enfrenta a situaciones en las que debe ejercer su autoridad, se toma algún tiempo preguntándose sobre cómo actuarán sus hijas, de modo que el padre deja de verse así mismo como omnipotente. El padre está pensando en ese otro: hijo o hija, buscando no *herir*, reflexiona sobre las consecuencias, no es un actuar pre-establecido por las normas condicionadas, es definitivamente otra forma de relación, más humana, menos instrumental.

Fidel insiste en que “hay que hacer del hijo un amigo y no un enemigo al que hay que tenerle miedo”. Fabián define como un mal padre al que intenta “reproducir en los hijos las imágenes de ellos mismos”.

La **afectividad** también comienza a tener fuertes transformaciones desde la paternidad innovadora, y viene a ocupar un lugar decisivo en la vida de ellos, porque se instala como una transgresión frente al temor de la masculinidad hegemónica a la feminización. Dan lugar a los afectos, a lo íntimo, a la sensibilidad y a lo emocional como parte del ser humano, y como elementos vitales en la paternidad y masculinidad, que los pone frente a la reconciliación con su lado X. Este grupo de padres en la ciudad, dejan aflorar sus sentimientos y no se niegan la posibilidad de compartir con sus hijos(as) expresiones plagadas de emocionalidad, a pesar de las críticas de sus parientes y de los grupos sociales próximos.

Todas estas transformaciones se traducen en nuevos contenidos y prácticas socializadoras de la masculinidad. Así por ejemplo, encontramos que cuando los hombres asumen el cuidado y la crianza de los hijos, hacen que estos se involucren en las actividades domésticas, mientras que algunas madres tras asumir lo doméstico como una función femenina, involucran

poco a los hijos varones. Cuando los padres están a cargo, sí procuran que los hijos participen en las actividades domésticas; lo doméstico empieza a dejar de ser ajeno, pero necesitan soportes para sobrellevarlo, por lo cual establecen un sistema de ayudas con los hijos, construyendo dinámicas de cooperación.

Así es un día en la vida de Macario:

Levantarme a las cuatro (a.m.). Inmediatamente realizamos actividades de desayuno, nosotros mismos preparamos el desayuno de acuerdo a un régimen nutricional que tenemos, nos preparamos algo de clase, leemos la prensa porque tenemos una suscripción periódico, leemos y cuando son las siete de la mañana ya todos hemos desayunado y todos nos dirigimos a trabajar, como coincidimos en el mismo sitio de trabajo, a pesar de que estamos en el mismo lugar cada uno realiza sus actividades [...] si hay que arreglar la zapatera ellos –los hijos– también ayudan a arreglarla, pase el trapero que esto está sucio, si hay que recoger la ropa, los niños recogen la ropa y nosotros la llevamos al canasto, y para lavar, nosotros la metemos en la máquina y cuando se seca, entonces los niños la llevan al sitio donde descansa la ropa, y para plancharla, sí, la plancha, una señora.

En el caso de Jorge, mientras sus hijos estudiaban, él se encontraba al pendiente de sus actividades académicas, pero al mismo tiempo les solicitaba participación en lo doméstico: asear la casa, preparar los alimentos. Jorge afirma que no puede formar “hijos inútiles” y no se está refiriendo a hijos que no sean competitivos laboralmente, sino a hijos dependientes domésticamente.

De esta manera los padres forman a sus hijos para la autonomía e independencia, definida ahora desde lo productivo y lo reproductivo. Por lo tanto, estos padres no enseñan a sus hijos que ser independiente está determinado por la autosuficiencia económica, sino también por la autosuficiencia reproductiva. Ellos están enseñando a sus hijos a moverse en distintos escenarios; no construyen vetos, deslegitiman las prácticas culturales que asignan a los hombres solo a lo público-productivo, y así van formando otro tipo de hombre; sus propias experiencias contribuyen a ello. En consecuencia, los hijos de los padres innovadores son socializados con nuevos contenidos, con los contenidos que antes estaban excluidos.

Nuevas y ampliadas nociones de lo masculino

Lo más significativo de la paternidad innovadora es sin duda el descubrimiento de lo humano. Cada encuentro con la familia, con el hogar, con lo doméstico, con los(as) hijos(as) y con su pareja, los va acercando a su propia humanidad, en donde la sensibilidad, los miedos, las inseguridades y las incertidumbres, no tienen lugar.

Con esto se debilitan las estructuras mentales lineales-unidireccionales, y empiezan a formarse híbridos entre lo productivo y lo reproductivo, lo público y lo privado, lo emocional y lo racional, la seguridad y la inseguridad. Los hombres que han experimentado la paternidad innovadora, redefinen sus identidades dotándolas de nuevos y alternativos contenidos, como vía posible para continuar perteneciendo al grupo de los hombres conforme a sus experiencias, prácticas y vivencias, distanciadas de la masculinidad hegemónica tradicional.

Si ser hombre es ser proveedor exclusivo, instalarse en los territorios de lo público, tomar decisiones que no son cuestionadas por el resto de la familia, ser el jefe y la cabeza, no sentir miedo, ser totalmente seguro, no ser excesivamente emocional, no asumir tareas “propias de la maternidad”. Los que experimentan la innovación paterna se preguntan: ¿Yo qué soy? ¿No soy hombre? ¿Soy un hombre femenino? ¿Soy un padre-madre?

La pregunta por el quién soy, por lo que soy, por aquello en lo que me estoy convirtiendo a partir de todo el proceso de innovación, en primera instancia, intranquiliza. Algunos sienten que están experimentando una especie de mutación, de la que se tiene pocos referentes. Suele ser una experiencia realmente confusa y contradictoria, en tanto la socialización de género en la ciudad ha insistido en la dicotomía entre lo femenino y lo masculino.

Como lo enuncia Fabián:

Estoy asumiendo un papel que es de la mujer siendo hombre obviamente, yo a veces notaba que estaba hablando como una mujer y además qué rico es tener la oportunidad de haber hecho estas cosas... Yo hoy en día no soy capaz de diferenciar, desde el punto de vista de la crianza, la diferencia entre un padre y

una madre, mi propia experiencia personal contribuyó a borrar ese límite; no lo tengo. Un padre-madre es una unidad que se complementa, una persona que está interesada en construir un ser respetuoso, sensible, interesado por la vida y todo lo que contribuye a ello a través de todos los medios emocionales, intelectuales, relacionales; eso también es una buena madre y un buen padre.

Si aparece un deseo en las narrativas de los hombres/padres estudiados, es el deseo de seguir siendo parte del grupo de los hombres; luego entonces, sus experiencias los reta a ampliar sus nociones de lo masculino, y a esa amplitud dotarla de contenidos. De modo tal que la masculinidad redefinida, sea capaz de incluir sus experiencias. Este tipo particular de hombres –por lo menos por ahora–, que después de estas experiencias se vuelven innovadores, retornan con otras subjetividades e identidades.

Esa intención de seguir perteneciendo al grupo de los hombres, y que por tanto obliga a ampliar las definiciones de lo masculino, se traduce en hombres que incluyen como parte de la masculinidad, lo reproductivo, el cuidado de otros(as) y el cuidado de sí mismo, el miedo y la incertidumbre, la descentralización del poder y la democracia. Por ello, insistimos en que redefinir la masculinidad y experimentar la innovación, es reconocer la humanidad y la fragilidad del ser hombre.

Cuando redefinen, transforman la unidireccionalidad que caracteriza a la masculinidad tradicional, de ser solo razón, solo poder y proveeduría; en fin, van reconociendo lo masculino en plural, lo heterogéneo del ser hombre, pero al tiempo, y quizá más tímidamente, se van reconociendo a sí mismos como transgresores frente a un hegemónico dominante, que les exigen mujeres y hombres como parte del sistema patriarcal. Asimismo, sus experiencias y nuevas definiciones, cuestionan la tajante oposición que caracteriza a la masculinidad hegemónica: ser hombre es no ser mujer. Y la cuestiona, en tanto los roles adscritos van perdiendo en sus familias la base de legitimación cultural, y las dinámicas actúan desde la cooperación que desdibuja algunas fronteras.

En conclusión, no es solo que estos padres asuman y practiquen la paternidad de un modo distinto y distante al de sus progenitores, sino que entiendan el ser hombre –lo masculino–, de un modo distinto; pero deberíamos decir que van entiendo, que van transformando, siempre van, como diría

Facundo Cabral, van haciendo camino al andar. Las identidades movilizadas a partir de las experiencias se tornan flexibles, en donde la flexibilidad, va dejando entrar contenidos que antes eran excluidos: lo emotivo, lo afectivo, el miedo, la incertidumbre y la horizontalidad del poder.

Bibliografía

Buitrago, L.; Murillo, E., y Jaramillo, P. (2003). *Comercio y Género: Colombia en los noventa*. En *Red Internacional de género y comercio. Capítulo Latinoamericano* Recuperado de: <http://www.generoycomercio.org/investigacion.html> (15 jun. 2007).

Calderón, F. (2008). Una Perspectiva Social de la Innovación. En Coll, J. (Ed.) *Contribuciones a las Ciencias Sociales*. Recuperado de: <http://www.eumed.net/rev/cccss/02/fjcv.htm>. (31 may. 2010).

Izquierdo, M. (1999). *Cuando los amores matan*. Barcelona: Ediciones Libertarias.

Jiménez, C. (2008). *Relatos innovadores de padres cartageneros: un análisis relacional entre el yo interpretado y la generación anterior*. Tesis no publicada. Universidad Nacional-Universidad de Cartagena.

Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama.

Maldonado, M. (2007). Reflexión y planificación. Rasgos en la parentalidad innovadora. En Puyana, Y., y Ramírez, M. (Eds.) *Familias, cambios y estrategias*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.

Morad, M. (2008). *Maternidad Innovadora en Cartagena de Indias: Sus Significados y Prácticas*. Tesis no publicada. Universidad Nacional de Colombia- Universidad de Cartagena.

Moreno, B. (1995). Investigación e Innovación Educativa. *La Tarea*, 7. Recuperado de: <http://www.latarea.com.mx/articu/articu7/bayardo7.htm>. (31 may. 2010)

Mosquera, C., y Puyana, Y. (2003). El trabajo doméstico y la proveeduría en la ciudad de Bogotá. Cambios y persistencia. En Puyana, Y. (Comp.) *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias*. Bogotá: Almudena.

Palacio, M. (2004). *Familia y Violencia Familiar. De la invisibilidad al compromiso político*. Manizales: Universidad de Caldas.

Puyana, Y. (2006). *Padres y madres innovadores o tradicionales: estudios de historias de vida y familiares*. Documento inédito. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Valencia, A. y Palacio, M. (2001). *La Identidad Masculina: un mundo de inclusiones y exclusiones*. Manizales: Universidad de Caldas.

Viveros, M. (2003). Perspectivas latinoamericanas actuales sobre masculinidad. En Tovar, P. (Ed.). *Familia, género y antropología*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

_____, Olavarria, J. y Fuller, N. (2001). *Hombres e Identidades de Género*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.